

Juan Luis Beceiro García

LA MENTIRA HISTÓRICA DESVELADA

30 de Abril de 1998

D. JUAN LUIS BECEIRO GARCÍA.

NATURAL DE FERROL (A CORUÑA), ACTUALMENTE RESIDE EN MADRID.

DEL LUGAR DE NACIMIENTO Y DEL ENTORNO FAMILIAR, HEREDÓ SU ATRACCIÓN POR LAS COSAS DEL MAR.

LICENCIADO EN DERECHO POR LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, EJERCIÓ COMO AYUDANTE DE LA CÁTEDRA DE DERECHO INTERNACIONAL EN DICHO CENTRO ACADÉMICO.

HISTORIADOR VOCACIONAL Y AVEZADO CONFERENCIANTE, ESENCIALMENTE DEDICADO A LA COLONIZACIÓN HISPANOAMERICANA, COMO QUEDA PATENTE EN SU EXTENSA Y BIEN DOCUMENTADA OBRA LITERARIA SOBRE EL GENOCIDIO ATRIBUÍDO A LOS ESPAÑOLES, EDITADA EN 1994 EN COLABORACIÓN CON LA XUNTA DE GALICIA.



Más que darles una conferencia voy a hablarles de un libro, un libro importante, ¿por qué es importante? Primero, porque está avalado por dos eminentes historiadores españoles: Don Luis Suárez Fernández, catedrático de Hª Medieval de la Universidad Autónoma de Madrid, que ha hecho el «Estudio Preliminar» del libro, y Don Mario Hernández Sánchez-Barba, catedrático de Hª de América de la Universidad Complutense de Madrid, autor del «Prólogo». El «Epílogo» es obra del Excmo. Sr. D. Manuel Fraga Iribarne, Presidente de la Junta de Galicia, sobradamente conocido por su actividad política e intelectual. En esta faceta quiero recordarles que el Sr. Fraga ha escrito más de cuarenta libros.

Segundo, porque está compuesto con los testimonios de más de cuatrocientos historiadores, americanistas e investigadores que han estudiado la civilización española de América, de los cuales el 75% de ellos son extranjeros; esto es algo que me propuse desde el principio de la obra a fin de evitar acusaciones de parcialidad.

Tercero, porque habla de España y su labor civilizadora —que no colonizadora— en América. Y, lo más importante, porque deshace la mayor injuria soportada por España durante cuatro siglos: la de haber cometido un inmenso genocidio en América.

EL PORQUÉ DE ESTE LIBRO: Primero, en el mes de Agosto de 1990 se reunió en la ciudad de Tromsøe-Noruega-el Consejo Mundial de Pueblos Indígenas de la Tierra, que los hay en los cinco Continentes. Pues bien, a esta reunión fue invitada España, que fue el único país europeo invitado. ¡Qué honor! pensé yo, y también lo pensaron en el Ministerio de Asuntos Exteriores, que se apresuraron a enviar a un representante a aquella reunión que fue nada menos que el Presidente de la Comisión española del V Centenario del Descubrimiento de América. En realidad aquello fue una verdadera encerrona. Allí se acusó a España de todos los males pasados, presentes y futuros de América; se la acusó de ecocidio, de etnocidio y de genocidio; nuestro representante no supo defender adecuadamente a España y se limitó a pedir perdón de rodillas por todas las barbaridades, dijo, que España había cometido en América. Claro está, aquello me sublevó y su consecuencia es este libro, porque debe de quedar bien claro que España no tiene que pedir perdón a nadie por su acción en América.

Segundo, por el griterío internacional de grupos y asociaciones –algunas creadas exclusivamente para este fin– dentro y fuera de España, sin que el Gobierno español hiciera nada por defenderla.

El título de la obra es «La mentira histórica desvelada: ¿Genocidio en América? Ensayo sobre la acción de España en el Nuevo Mundo» –el título fue una feliz sugerencia de D. Mario Hernández Sánchez-Barba– y es así porque se desvela la mentira histórica que hemos soportado durante tanto tiempo.

¿POR QUÉ SE LLEGÓ A ESTA SITUACIÓN?: 1º) Por la imprevisión del Gobierno español, que veía que desde el año 1985 los ataques contra España eran cada vez mayores y que no previó la publicación de un Libro Blanco (como hizo el Gobierno español en 1965 con el «Libro Rojo de Gibraltar») que, con la colaboración de historiadores nacionales y extranjeros hubiera resultado una obra perfecta, no como la mía. 2º) Por la doble acción contra España, aprovechando las conmemoraciones del V Centenario, que proviene:

- Por un lado, de la Leyenda Negra, de la que luego hablaremos;
- Por otro de la Enciclopedia francesa del siglo XVIII. En efecto, en 1783 llegaron a Madrid los primeros ejemplares de una nueva

enciclopedia francesa —la de Diderot y D’Alambert— Oficiales reales y luego el propio monarca (que era entonces Carlos III) buscaron el artículo sobre España escrito por Nicolás Masson de Morvilliers y se sintieron ultrajados por lo que leyeron. «¿Qué debemos a España? —preguntaba Masson— ¿qué ha hecho por Europa los dos últimos siglos, o en los cuatro o diez últimos siglos?». La contestación a esta necia pregunta va impresa como el Primer Apéndice de este libro, y es una magnífica lección de historia y orgullo para los españoles que la lean.

EL PORQUÉ DE TODO ESTO: Porque en nuestro siglo continúa la Leyenda Negra contra España. Vds. mismos habrán conocido montones de ejemplos en el año del V Centenario y en años anteriores al mismo. Yo, por ejemplo, me encontraba en Sevilla el día 10 de Octubre de 1992, y allí en una plaza que da a la catedral vi a un grupo de miserables (que este es el nombre que mejor les conviene) con unas pancartas acusando a España de haber cometido genocidio con América.

Pues bien, ¿qué es la Leyenda Negra?: Una definición técnica nos la proporciona la Gran Enciclopedia RIALP, que dice así:

«Se designa con este nombre el conjunto de desfiguraciones de que ha sido objeto la realidad histórica de España, la valoración negativa de la misma, o bien, la conjunción de ambos hechos. La época sobre la que fundamentalmente se centran las versiones más características de la L.N. es la de los s. XVI y XVII».

La Leyenda Negra tiene sus orígenes, no en los Países Bajos como se había venido pensando hasta ahora, sino en Alemania e Italia, como ha demostrado fehacientemente el escritor e investigador sueco Sverker Arnoldsson, que tiene dos libros magníficos traducidos al español.

El nombre de Leyenda Negra procede de un español extraordinario, Don Julián Juderías y Loyot, intérprete de lenguas en el Ministerio de Estado (hoy, de Asuntos Exteriores), un verdadero prodigio de la naturaleza pues hablaba dieciséis lenguas vivas. Pues bien, este español insigne publicó en el año de 1914 una obra titulada «La Leyenda Negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero».

La Leyenda Negra proviene de muy diversos sitios: por parte de Holanda, por motivos religiosos y políticos bien conocidos; de la Judería internacional, por su falta de perspectivas comerciales con América, que les estaba vedada; por parte de lo que es ahora Alemania, por el dominio español y «papista». Así nos lo hace ver con meridiana claridad el historiador estadounidense Philip W. Powell (quiero aclarar que llamo estadounidense a los originarios de los EE.UU. de Norteamérica, porque tan norteamericanos son los mejicanos como los canadienses). Pues bien, este autor, que tiene un estupendo libro publicado en España titulado «Árbol de odio» (Tree of hate) nos dice sobre esto:

«La causa de Carlos V, por estar identificado con Roma, no podía compenetrarse con el pueblo alemán. Además, puesto que era también Rey de España, los temores de una dominación universal española, ya existentes, estimularon y soliviantaron una amarga propaganda. Y siempre había esa concomitancia de guerra, el odio a las tropas extranjeras presentes en el suelo patrio. Los comentarios británicos sobre los soldados americanos en la Segunda Guerra Mundial, con la expresión de «superpagados, supersexuales y superaquí» («over-paid, over-sexed and over here») lo expresa sucintamente; con la diferencia de que los españoles y otros soldados en la Alemania del siglo XVI, estaban más bien «under paid» (mal pagados), con consecuencias fáciles de imaginar».

Por parte de Italia, donde era secular el dominio de la corona de Aragón en el sur de la Península y ya también en el norte con el Milanesado y otros principados italianos sujetos a la soberanía española o dentro de su área de influencia; por parte de Francia, que tenía a los tercios españoles a dos pasos de París, con el consiguiente temor; y, por último, por parte de Inglaterra, primero por su imposibilidad de traficar con los territorios españoles de América, luego el odio religioso, y el temor y resistencia al poderío español.

¿Por qué ese temor al poderío español? Porque el Imperio español era enorme: Más de 27 millones de kilómetros cuadrados, es decir, como tres veces la extensión de Europa hasta los Urales.

En la Leyenda Negra se juntan muchas cosas: Primero la avidez por el oro, que nos achacan. Solo diré que los romanos hace dos mil años acabaron con el oro existente en la Península Ibérica, miles de toneladas de oro se llevaron consigo. Y ¿qué decir de la familia de Napoleón Bonaparte? Este se llevó los tesoros artísticos italianos que pudo llevarse a finales del siglo XVIII y su hermano Pepe Botella (para algunos José I) cuando fue expulsado de España en 1813, también se llevó todo lo que pudo (oro, joyas, cuadros, valores...), de forma que sobre nuestra avidez por el oro habría mucho que hablar.

También aparece la Inquisición española a relucir ¡cómo no! Fíjense Vds. que en cualquier lugar del mundo, cuando se habla de la Inquisición siempre se menciona a la española ¿por qué?: *La Inquisición fue creada por el Papa Luciano II en el siglo XIII y se estableció en Italia, en Alemania, en Francia, en Inglaterra... y ya a finales del siglo XV, en 1480, se estableció en España ¿por qué, pues, ese afán de hablar sólo de la Inquisición española? Vds. responderán...*

Además, también se nos achaca que la Inquisición asesinó a los indefensos indígenas americanos. ¡Mentira! La Inquisición española no actuó nunca contra los indígenas de allá porque eran considerados como menores de edad y, por tanto, irresponsables; sólo actuó contra los blancos, los mestizos y los negros.

También nos achacan una terrible crueldad, pero sobre esto hablaremos más adelante.

La envidia; la envidia era por parte de los otros pueblos ante la grandeza del Imperio y las riquezas españolas.

Y, por último, ya hasta nos achacan el que el Descubrimiento de América no fue obra de un español sino de un extranjero: No sabemos si Cristóbal Colón era de Pontevedra, de Mallorca o de Génova; pero en todo caso, sin el dinero español, sin los marineros españoles, sin los barcos españoles y los pilotos españoles, Colón nunca hubiera descubierto el Nuevo Mundo y habría muerto desconocido.

AHORA LA LEYENDA NEGRA EUROPEA SE AMPLÍA CON LA AMERICANA, porque aparece un fraile español que habla de asesinatos

en masa y destrucción de las Indias, y porque ya no tenemos el poderío de los siglos XVI y XVII.

Como refutación de la Leyenda Negra americana, voy a leerles un texto del historiador estadounidense Hubert Herring, quien escribe:

«Para continuar la ineludible refutación de la Leyenda Negra, España no hizo caer a los pueblos indios de un estado de perfección paradisíaco a una miseria abismal.

España no destruyó grandes poblaciones indias: nunca hubo grandes poblaciones. España no trajo el hambre y la pobreza a la América indígena: la vida era escasa y el hambre era general antes de que llegaran los conquistadores. España no trajo la crueldad y la guerra: la explotación era para los indios una vieja historia. España no destruyó la libertad humana: nunca habían gozado de ella los mayas, ni los aztecas, los incas o los chibchas. España no destruyó viejos sistemas de nobles patrones morales: los indios eran maestros de la gula, del alcoholismo, en desórdenes sexuales, y en refinadas torturas. España trajo cambios al mundo indígena, unos para mal y otros para bien. Es posible que los indios de Méjico y Perú tuvieron más para comer bajo el dominio español, mayor protección contra los demás y contra sus amos, más garantía de vida y felicidad de la que habían tenido bajo los nobles y los sacerdotes indígenas. El cambio fue, indudablemente, desagradable, siempre desanimoso, frecuentemente cruel, pero no fue un cambio del paraíso al infierno».

POR QUÉ PERSISTE LA LEYENDA NEGRA. Porque «el pueblo español creía que la Leyenda Negra era cierta porque eso era lo que el mundo le había estado diciendo durante mucho tiempo», nos dice el historiador Powell, antes citado, con terrible sinceridad.

Para mí, la Leyenda Negra se basa en dos pilares fundamentales: La ignorancia y la persistencia del sentimiento antiespañol:

1º) LA IGNORANCIA, dentro y fuera de España. Ya nos dice el famoso filósofo español José Ortega y Gasset en una obra dirigida a los pueblos de la América española que «desgraciadamente, la falta mayor de

nuestro tiempo es la ignorancia de la historia. Nunca, desde el siglo XVI, el hombre medio ha sabido menos del pasado».

En efecto, ¿quién sabe que nuestros soldados eran los mejores del mundo? Durante siglo y medio no fueron derrotados nunca en una batalla campal. Y recuerdo ahora que,

Hace varios años oí comentar en Radio Nacional de España que la Batalla del Garellano ya no era aquella batalla en que el Gran Capitán destruyó a los franceses en las guerras de Italia (13 de Octubre de 1503 a 1° de Enero de 1504), sino que ahora esa batalla era una de las ganadas por los aliados (VIII ejército británico y V norteamericano) en Italia contra los alemanes en la 2ª Guerra Mundial. Esto decía la nueva edición de una enciclopedia francesa... (siempre nuestros enemigos).

Las mayores glorias de España permanecen ignoradas: por poner un solo ejemplo, en la ciudad de los Reyes de Lima (la actual capital del Perú) en el siglo XVIII existía una cama de hospital por cada 100 habitantes, cantidad muy superior a la existente hoy día en la ciudad de Los Ángeles, de California. Sobre los hechos históricos más sobresalientes, en los EE.UU. de América del Norte, no digamos. Nos lo demuestra con una honestidad ejemplar Carlos Lummis, cuando escribe,

«Cuando sepa el lector que el mejor libro de texto inglés ni siquiera menciona el nombre del primer navegante que dio la vuelta al mundo (que fue un español), ni del explorador que descubrió el Brasil (otro español), ni del que descubrió a California (español también) ni de los españoles que descubrieron y formaron colonias en lo que es ahora los Estados Unidos, y que se encuentran en dicho libro omisiones tan palmarias y cien narraciones históricas tan falsas como inexcusables son las omisiones, comprendera que ha llegado ya el tiempo de que hagamos más justicia de la que hicieron nuestros padres a un asunto que debiera ser del mayor interés para todos los verdaderos americanos».

Y el mismo historiador Herbert Bolton, profesor de la Universidad de Notre Dame (E.U.A.) nos dice que necesitó media vida para descubrir la verdad sobre la acción española en el Nuevo Mundo. Si un historiador necesita media vida para descubrir eso ¿qué será de la mayoría de la gente en todo el mundo?

Ya en los años anteriores al de 1992 nos hemos encontrado con autores españoles que han llegado a negar, en libros o conferencias, la existencia del Imperio español... Solamente les diré que el mayor filósofo de la Historia, Oswald Spengler, en su «Decadencia de Occidente» dice, por dos veces, que «en el Imperio español no se ponía el sol».

En verdad, la única persona que supo cómo era nuestro Mundo Hispánico en vísperas de su Independencia fue, el célebre Ingeniero de Minas alemán de la Prusia Oriental, el Barón Alejandro Von Humboldt, que lo visitó desde Chile hasta la Alta California entre 1800 y 1805. Escribió cerca de 5.000 páginas sobre el mismo. Nunca han sido traducidas al español y sólo —abreviadas— en ediciones en lengua francesa e inglesa. Sospechamos el porqué.

HUMBOLDT nos revela: Había 26 universidades para un Imperio, que no llegaba a los 18 millones de seres (recuerdo que la O.C.D.E., considera país desarrollado al que posee una Universidad para cada millón de habitantes y que las Universidades de Santo Domingo, Méjico y Lima habían sido fundadas casi un siglo antes que la primera norteamericana en Harvard).

Se comía más *carne* —escribía Humboldt— en Buenos Aires, Lima o Méjico que en París o Londres.

En los astilleros de la Habana se había construido en 1756 el navío de guerra más grande del mundo —el Santísima Trinidad— de 4 puentes y 138 cañones.

Méjico capital poseía mejores edificios y estaba más limpia que Berlín, la Escuela de Minería de Méjico contaba con los instrumentos más sofisticados de la época.

¡Y qué les voy a decir sobre el conocimiento que existe sobre Hispanoamérica en la sociedad española! Pregunten a sus familiares y amigos y se darán cuenta de esta triste realidad.

Bueno, pues de este desconocimiento de nuestras propias glorias proviene la colonización cultural a que estamos siendo sometidos en España desde el término de la segunda guerra mundial, que se ha acentuado en estos últimos años. De ahí proviene el indiscriminado uso de los pantalones vaqueros, las canciones americanas que no se entienden, las bebidas y las modas, algunas aberrantes. A los que antes llamaban «exploradores», ahora se les llama «boy scouts», y hay urbanizaciones que reciben nombres como «Moraira Hills», en Alicante o «Levitt Gardens» en los alrededores de Madrid.

Y ¿a qué cabeza se le habrá ocurrido eso de EXPO'92 «en lugar de EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE SEVILLA-1992? Pues verán Vds. que a partir del año 1992 en todos los anuncios publicitarios, institucionales o no, de actos culturales, exposiciones, etc. etc., aparece siempre el famoso apóstrofo, tal como se usa en el mundo anglosajón. Porque tal como se utiliza aquí está mal hecho, porque el apóstrofo sólo se usa en el idioma español para indicar la elisión de una vocal, lo que no se da nunca en ninguno de estos casos.

¿Y los signos de interrogación y de admiración? En el idioma español se abren y se cierran siempre, pues ahora en muchos anuncios sólo se cierran... como en el idioma inglés.

La *eñe* casi ha sido expulsada del lenguaje escrito, especialmente cuando se hace con ordenadores o computadoras. ¿Y los cantos de los libros? En España siempre se han rotulado de arriba arriba, pues ahora se rotulan muchos de ellos de arriba abajo, como se hace en el inglés...

2º) LA PERSISTENCIA DEL SENTIMIENTO ANTIESPANOL: Miren Vds., cuando Don Salvador de Madariaga visitó el Museo Británico para tomar datos para su biografía de Don Cristóbal Colón, se encontró con cosas sorprendentes. Así, el nombre de Colón no aparece como Columbus (en inglés) sino en el italiano Christoforo Colombo; la celeberrima familia valenciana Borja aparece con el italianizante Borgia; el famoso músico del siglo XVIII, Domingo Escarlata, que pasó la mayor parte de su vida en España y firmaba así, pues aparece como Domenico Scarlati, con «s» líquida y dos tes; y, por último, el famoso filósofo judío español Benito Espinosa o Despinosa, tal como él mismo firmaba, pues aparece como Baruch Spinoza. Después de estos claros ejemplos, Madariaga llegó

a una conclusión y es que la cuestión es que no figure ningún nombre español en la Historia Universal.

La guerra de las Malvinas la ganaron los británicos gracias a la ayuda de sus hermanos de América contra el pueblo argentino. Y ¿en qué fecha se les ocurrió conmemorar su gran victoria? ¡Pues nada menos que el Doce de Octubre!

El historiador Powell nos ilustra con un ejemplo más. Cuando se trata de España se aplican dos pesas, dos medidas. Y así nos dice que cuando en 1944 Francisco Franco se ofreció a las potencias occidentales para mediar con las potencias del EJE ante el peligro del Comunismo, su oferta fue rechazada por «fascista»; sin embargo, tres años después, en 1947, cuando Winston Churchill en su discurso de Fulton (E.U.A.) se refirió al inmenso peligro del Comunismo internacional, ello fue considerado como «liderato del mundo occidental»...

En 1931 hubo un Congreso Internacional Misional en Barcelona, y uno de los misioneros, holandés, declaró que el odio a España lo maman desde la infancia y continúa en la instrucción pública; y en 1961, otro holandés declaró que es imposible convencer a sus compatriotas de las deformaciones de la Leyenda Negra.

EL GENOCIDIO: Este es el tema principal del libro y de esta conferencia. La palabra «genocidio» es moderna; se usó durante los procesos de Nuremberg contra los alemanes vencidos en la 2ª guerra mundial. Parece ser que el primero que utilizó esta palabra fue el profesor Raphael Lemkin, de la Universidad de Duke (E.U.A.) y fue el Convenio para la prevención y represión del genocidio el que dio una definición del mismo. Así pues, se entiende por Genocidio cualesquiera de los actos mencionados a continuación perpetrados con intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso: Matanza de miembros del grupo, lesiones graves a la integridad física o mental de los miembros del grupo, sometimiento del grupo a condiciones que hayan de conducir a su destrucción física, medidas destinadas a impedir los nacimientos en el seno del grupo y traslado por fuerza de niños de un grupo a otro. Claro está que estos grupos lo mismo pueden ser de 500 personas o de 500.000, y conviene advertir que el Genocidio no puede ser más que un crimen cometido por los que detentan el poder del Estado o en su nombre. Dicha Convención fue apro-

bada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el día 9 de Diciembre de 1948.

Algunos autores clasifican el genocidio en físico, biológico o cultural. El físico sería la destrucción del grupo humano, el biológico el impedir el nacimiento de niños en el seno del grupo y, por último, el cultural es a lo que modernamente se le denomina Etnocidio. El etnocidio también es una palabra moderna y significa la destrucción de una cultura indígena. Sobre esto del Etnocidio –de lo que también se acusa a España– voy a leerles lo que dicen dos autores a propósito de esto:

Veriamos –escribe el concienzudo historiador mejicano García Icazbalceta– «si pueden llamarse tan civilizados unos pueblos que aún cuando en ciertos ramos del saber humano conservan restos de una antigua cultura, carecen de instrucción pública, no conocen las bellas artes, ni el alfabeto, ni los animales domésticos, ni el hierro, ni las pesas y medidas, ni la moneda; pero conocen la esclavitud, la poligamia, los sacrificios humanos, y se mantienen en perpetua guerra, no ya para ensanchar sus dominios, sino que la emprenden periódicamente, sin odio ni ambición, con el único fin de proveerse de víctimas para saciar, sin conseguirlo nunca, la sed de sangre de sus mentidos dioses». A poner fin para siempre a toda esa barbarie, fue España al Nuevo Mundo».

Y el conocido historiador francés François Chevalier, sobre el grado de civilización en que se encontraban los aborígenes americanos a la llegada de los españoles, dice que «...estas poblaciones nativas estaban, como mucho, en la Edad del Bronce».

Para que se lleve a cabo un genocidio es preciso que haya un mínimo de crueldad en el ánimo de las personas que lo cometen. Si comparamos la «crueldad» de los españoles con la de los restantes pueblos, quedamos muy por encima de ellos. Veán sino lo que nos dice Carlos Pereyra, el historiador mejicano a propósito de esto:

«Cuando Pizarro mataba al Inca Atohualpa, que no era sino un rebelde y un usurpador, sanguinario y fratricida, Enrique VIII de

Inglaterra asesinaba a su mujer Ana Bolena, y ahorcaba a 72.000 ingleses católicos».

Su hija Isabel I, en muy pocos años, y también en nombre de un cristianismo «reformado» y, por tanto, «purificado», causó más víctimas (y con métodos más atroces, si es lícito llevar una clasificación del horror) que la Inquisición española y romana juntas a lo largo de tres siglos.

Como pueden apreciar, después de todas estas citas, no son los españoles los que salen perdiendo en la comparación cuando de crueldad se trata. Sin embargo, aún tenemos algunos testimonios más. John Francis Bannon, profesor de Historia en la Universidad de Saint Louis (Missouri, E.U.A.), nos dice cosas muy interesantes sobre este asunto:

«La suerte del conquistado no ha sido nunca envidiable. Aun cuando los Conquistadores evitaron los excesos de brutalidad y sadismo, siempre ha sucedido lo mismo a través de los tiempos:

Filipo de Macedonia y los griegos, Julio César y los galos, los germanos medievales y los eslavos, los belgas y los congoleños —ejemplos así podrían multiplicarse a través de toda la historia humana».

Y Tzvetan Todorov, investigador del Centre National de la Recherche Scientifique (Francia), dice lo siguiente:

«La ‘barbarie’ de los españoles no tiene nada de atávico ni de animal; es perfectamente humana y anuncia el advenimiento de los tiempos modernos. En la Edad Media ocurre que se corte los pechos a las mujeres o los brazos a los hombres, como castigo o como venganza; pero se hace en el país de uno, o en el país de uno igual que en cualquiera otra parte».

¿Y qué me van a contar Vds. de Australia? Posiblemente tengan de este inmenso país una opinión muy favorable, creyéndole muy adelantado, muy civilizado, etc. Pues bien, los australianos han utilizado a sus aboríge-

nes como bestias de carga y los han asesinado a mansalva con entera tranquilidad. Los indígenas australianos tienen la piel muy oscura, no son negros, pero casi lo parecen. Pues les voy a decir que hasta el año 1967 en que se modificó la Constitución australiana ¡no se consideró a los aborígenes como seres humanos!

Vds., se preguntarán: Bueno pero *¿quienes son los que dicen que España cometió Genocidio en América?* Pues se lo voy a decir; son las personas que he encontrado a lo largo de mi investigación para escribir este libro. Ninguno de ellos es historiador, por supuesto, pero son personas relevantes en el mundo de la cultura, de la política o de la ciencia o arte. El primero es NOAM CHOMSKY. Este señor es un catedrático de la lingüística estadounidense, muy conocido mundialmente, ha escrito varios libros (algunos publicados en España) y ha dado muchas conferencias por todo el Mundo. Pues este señor en un libro también publicado en España dice que los españoles asesinaron a cien millones de indígenas americanos.

El segundo es FIDEL CASTRO RUZ, Presidente del Consejo de Estado de Cuba, quien dice también que asesinamos a millones de indígenas. Lo dice también Frey Betto, un brasileño de la orden de Predicadores, uno de los impulsores de la Teología de la Liberación; este fraile escribió un libro titulado «Fidel Castro y la religión», y allí dice, tanto él como el entrevistado, que matamos a millones de indígenas.

Otro es FERNANDO ARRABAL, un español que ha triunfado en Francia; dice que a la llegada de los españoles al Nuevo Mundo había cien millones de indígenas y que a los pocos años no quedaban más de diez millones. No dice la palabra «genocidio», pero lo da a entender.

OSWALDO GUAYASAMÍN, un escultor y pintor ecuatoriano. Este es un personaje miserable porque, aparte de ser uno de los cuatro impulsores del Monumento «A las víctimas de la invasión europea» (léanse «española») en el pueblo de Puerto Real (Cádiz) que al final no se erigió dice, en un libro cuando se le pregunta: «Don Oswaldo, América, la Patria Grande ¿cuál es la actitud de los intelectuales ante el V Centenario?, «¿cómo voy a festejar un acontecimiento donde se produjo la matanza de millones de indígenas?», y se quedó tan fresco. Bueno, pues este personaje es tan popular en España –que creo que es donde vive gran parte del año– que hasta la Diputación Provincial de Cáceres le ha cedido un palacete para

que allí exponga sus obras, tenga unas oficinas, etc. Más bajos no podíamos caer.

Y, por último, un famoso escritor mejicano, CARLOS FUENTES quien dice que, según unas estadísticas —que no sé de donde las ha sacado— había en América 25 millones de indígenas cuando llegaron los españoles y a los cien años no quedaba más que un millón (quiere decir de los asesinados).

¿AUTORES QUE SE PRONUNCIAN EN CONTRA DEL GENOCIDIO? TODOS. NO HAY UN SOLO HISTORIADOR QUE AFIRME QUE ESPAÑA COMETIÓ GENOCIDIO EN AMÉRICA. Y a propósito de esto, quiero decirles que en un congreso internacional celebrado en la Universidad de California, Los Ángeles (UCLA), en el mes de Febrero de 1975 y dedicado al impacto inicial del Nuevo Mundo sobre el Viejo, se dice:

«Nuestra época —con su genocidio, hambre y polución— no tiene derecho a juzgar a los conquistadores».

LA IMPOSIBILIDAD DEL GENOCIDIO AMERICANO se puede probar de diversas maneras. Voy a explicarles una, la que nos da Rómulo Carbia, un historiador argentino, autor del libro «La Leyenda Negra Hispanoamericana». La imposibilidad de este genocidio se prueba:

1º) Por las manifestaciones que, en distintos momentos, hicieron los propios monarcas españoles, sobre protección de los indios, con su Reales Cédulas, etc.

2º) Por las versiones que, sobre la Conquista, se halla contenida en los relatos primitivos y en consecuencia, en los de aquellos que la «vieron».

3º) Por el choque de intereses y de pasiones que se produjo entre los mismos que ejecutaban la Conquista. Si hubiera existido propósito genocida oficial, se hubiera manifestado entre unos y otros en acusaciones mutuas, lo que no se hizo, por ejemplo, cuando Pedrarias Dávila asesinó, después de un simulacro de juicio, a su yerno Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del Océano Pacífico. Y

4º) Por las sanciones con que los monarcas penaron a quienes se apartaron del camino fijado por la Conquista.

¿POR QUÉ SE NOS ACUSA DEL GENOCIDIO AMERICANO? Porque hubo un español que fue encomendero en Cuba, luego se hizo sa-

cerdote y posteriormente ingresó en la Orden de Predicadores, y al final fue nombrado Obispo de Chiapas, hoy dentro de Méjico.

Pues bien, este fraile, Fray Bartolomé de las Casas, escribió una obrita titulada «Brevisima relación de la destrucción de las Yndias» en 1542, dijo que para ilustración del príncipe Felipe. Diez años más tarde, en 1552, lo publicó, no sabemos si conscientemente o no del daño que podía hacer. En esta obra se dice que los españoles asesinamos a quince o veinte millones de indígenas, según la edición. Claro, ¡qué más podían desear nuestros enemigos los ingleses, franceses y holandeses que un español y obispo dijera esas cosas! Pues de sus escritos se aprovecharon los enemigos de España. Claro está que esas cifras que dá el P. Las Casas son producto de su imaginación, porque esto de las exageraciones debe ser muy español pues ya en los albores de la civilización, cuenta el historiador español Cárcer de Montalbán que:

«La población de España durante el primer período del imperio, fue según Orosio, hasta de setenta millones de habitantes; pero del censo hecho en tiempo de Augusto resultaban cuarenta y siete millones».

Por supuesto, la mayoría de los historiadores, nacionales o extranjeros están en contra de las alucinaciones del P. Las Casas. Por ejemplo, Georg Friederici. FRIEDERICI es un historiador alemán, el que mejor conoce la obra colonizadora de los europeos en América. Su obra, en tres tomos, está publicada en español. Pues bien, este autor dice que «la Brevisima: Por los graves errores que tiene, queda descartada metódicamente y de acuerdo con los principios de la crítica histórica, para enjuiciar el carácter de la conquista española».

Sobre esto voy a leerles lo que dice un historiador estadounidense:

En la Historia de la América española escrita por Hubert Herring, hablando de la «Brevisima», dice que Las Casas «para estar seguro exageró y sus estadísticas fueron absurdas. Denunció que los españoles habían matado de quince a veinte millones de indios —quizá tantos como vivían en América al principio del siglo XVI...»

¿Defensores de las Casas? Sí, he encontrado uno, de su misma Orden de Predicadores llama Manuel M^a Martínez y si leen su obra «El P. Las Casas. El gran calumniado» se reirán bastante.

Acerca de la *RESPONSABILIDAD DEL P. LAS CASAS EN LA CREACIÓN DE LA LEYENDA NEGRA HISPANOAMERICANA*, voy a leerles lo que escribió un americano, Carlos Dávila. Este chileno fue diplomático, embajador de su país, Secretario General de la Organización de Estados Americanos y presidente provisional de Chile en 1932. Publicó un artículo sobre la Leyenda Negra en la revista «Américas» de la Unión Panamericana en el año 1949. Y en ella decía: «Para imaginar una versión contemporánea de lo que fue la Leyenda Negra habría que pensar, por ejemplo, que la Historia de los Estados Unidos para los tres siglos siguientes fuera escrita sobre la base única de lo que hoy publican PRAVDA e IZVESTIA, de Moscú; que «Las uvas de la ira» (del Premio Nobel Steinbeck) constituyera único documento acerca de la manera de cómo vivió el pueblo americano en el siglo XX; y que la historia de las relaciones raciales se concretara en una sola película de dibujos animados que Walt Disney no ha producido, en que se perpetuaran los anales gráficos de los linchamientos».

Acerca de la *CRUELDAD de los españoles* hay mucho que hablar. Desde luego que comparados con los de otros pueblos quedamos muy por encima de ellos. Es cierto que para que se produzca una matanza (un genocidio) es preciso que exista un ánimo de crueldad por parte del ejecutante. Pues bien, comparemos la crueldad en América y Europa. Contemporánea a la conquista de Méjico fue la guerra de los campesinos en Alemania: más de 100.000 víctimas fueron sacrificadas, posiblemente muchas más de las habidas en toda la conquista de América. En la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) el Imperio bajó de 16 millones de habitantes a menos de seis millones (350.000 personas fueron pasadas a cuchillo).

¿Y qué decir de la represión de la Commune, en París, en 1871, hace poco más de cien años? Pues miren lo que dice el historiador británico Albert Thomas en la «H^a Moderna de la Universidad de Cambridge», que «la labor de represión se llevó a cabo con terrible severidad. Las tropas procedieron a ejecutar a los vencidos» —¿habían oído otra cosa igual?

«Los oficiales, los capitanes y los mismos soldados dieron muerte a los que quisieron, después de un aparato de juicio o sin juicio de ningún género. Los muertos llegaron a 20.000 por lo menos» –ESTO ERA EN LA PRIMAVERA DE 1871, tres siglos después de la Conquista española de América.

Por eso, como bien dice un historiador, las conquistas nunca son agradables: los japoneses en China, los británicos en la India, los rusos en Polonia.

El autor francés Jean Dumont, en una obra publicada en España, dice que «Si España y Portugal se hubieran pasado a la reforma, se hubieran hecho puritanos y aplicado los mismos principios de los puritanos de América del Norte (es decir «El Indio era Satán»), un inmenso genocidio hubiera borrado del mapamundi a la totalidad de los pueblos indios».

Por la enorme cantidad de material conseguido para esta obra, se ha podido escribir el Cap. III dedicado a OTRAS COLONIZACIONES, donde se compara a la española de América con las de los otros pueblos europeos en América, Asia, África y Oceanía. Por supuesto que los otros quedan muy mal parados.

Empecemos con *la colonización inglesa en América*: Pero ¿qué clase de colonización iban a hacer unos piratas y bárbaros como ellos?

La depravación inglesa viene de mucho tiempo atrás. No hace falta remontarse a los tiempos de Julio César y a la romanización de la isla hasta la muralla de Adriano. Ya cristianizados, eran más o menos como antes. Así nos lo hace ver *Jaime Balmes*, en su más importante obra, publicada a mediados del siglo XIX (El Protestantismo comparado con el Catolicismo):

«No deja también de ser curioso el ver que por aquellos tiempos eran los ingleses tan bárbaros, que vendían a sus hijos y parientes, a la manera de los africanos de nuestros tiempos. Y esto debía de ser bastante general, pues que leemos en el lugar arriba copiado que esto era común vicio de aquellos pueblos. Así se concibe mejor cuán necesaria era la disposición insertada más arriba, del concilio de Londres celebrado en 1102, en que se prohíbe ese infame tráfico de hombres».

«Pasando a Inglaterra, encontramos el concilio de Oxford, celebrado en 1222 por Esteban Langton arzobispo de Canterbury, prohibiendo en el canon 20 que nadie pueda tener ladrones para su servicio».

Claro que sobre la barbarie de estos insulares, que suelen dar «lecciones» de humanidad a los demás pueblos, no necesitamos remontarnos al siglo XIII; que si bárbaros eran en la Edad Media también lo eran en pleno siglo XVIII: durante los llamados «tumultos de Gordon», en Londres en el año 1780, la ciudad estuvo paralizada una semana entera y en manos de la multitud. Los daños producidos a la propiedad se calculan en 100.000 libras esterlinas, es decir, diez veces más de los producidos en París durante toda la Revolución Francesa –de 1789, se entiende.

A este respecto, el estadounidense Irving Leonard nos dice:

«Y más recientemente, el eminente historiador británico A.J. Toynbee en su profundo «Study of history» ha declarado: «Los hábitos de horror adquiridos por los ingleses en su prolongada agresión contra los restos de la franja céltica en los highlands de Escocia y los pantanos de Irlanda fueron llevados a través del Atlántico y practicados a expensas de los indios norteamericanos».

Otro historiador, Manuel García Soriano, dice sobre el particular que:

«La conquista y colonización de Irlanda, donde el exterminio de un pueblo y la ferocidad del conquistador alcanzaron contornos dantescos que en vano trataríamos de encontrar en la colonización española de América. Hasta principios del siglo XIX todavía se vendían en las Antillas esclavos blancos, católicos irlandeses, por el simple delito de confesión religiosa».

Los ingleses fueron unos asesinos fanáticos en Irlanda durante los siglos XVI y XVII. Y así nos dice el americano Germán Arciniegas que «la Hª de Irlanda comienza con las expediciones vandálicas de los ingleses en

la isla, que hoy se consideran a la altura de lo que en nuestro siglo ha hecho Adolfo Hitler».

Pues estos son los que luego fueron a colonizar la América Septentrional. Ya me dirán Vds. qué clase de colonización iban a hacer.

Así nos dice el famoso historiador español P. Constantino Bayle que,

«La conducta de los colonos cuajó en un refrán inglés de terrible crudeza: 'The only good indians are the dead indians'. No hay indio bueno sino el indio muerto».

De algunos hechos «gloriosos» de los colonizadores ingleses, tenemos dos muestras representativas; una del P. Bayle, arriba citado, donde escribe:

«Raleigh mandó quemar un pueblo porque a un inglés faltó un vaso de plata».

La otra se encuentra en la obra de José A. Saco,

«El gobernador inglés de Montserrat, para retener a los indios, que no se huyeran del trabajo, les hace sacar los ojos. Mucho más podría decirse».

Sus sucesores, *los angloamericanos*, no hicieron más que seguir sus pasos. Los yanquis eliminaron a 50 millones de bisontes, que eran la base de la economía de los indios de América del Norte (por su carne y su piel). De esta forma, unos murieron de hambre y otros asesinados por ellos. Los que no asesinaron están en las «reservas», que son verdaderos campos de concentración.

- *La colonización europea en Asia* no es nada digna de encomio: Los británicos en la India fabricaron una hambruna que supuso más de un millón de muertos, en el siglo XVIII.- Los holandeses, en las Indias Neerlandesas cometieron crueldades indescriptibles en los siglos XVII y XVIII; nos lo dice nada menos que Carlos Marx en su famosa obra «El Capital».

- *En África*, la colonización francesa en África Ecuatorial dio por resultado que se perdiera en quince años un 36% de la población.- La colonización alemana fue una sucesión de asesinatos ¡a primeros del siglo XX!.- Y la colonización belga en el Zaire (antiguo Congo Belga), de una población entre 20 y 30 millones de indígenas quedaron en pocos años ¡sólo ocho millones!

Hay otro capítulo dedicado a *otros genocidios*. Por ejemplo, las *matanzas de indígenas realizadas por los propios gobiernos hispanoamericanos* a partir de la independencia de España a primeros del siglo XIX.

En ARGENTINA; En el Chaco y la Patagonia los indios fueron asesinados de manera inmisericorde.- En Colombia, las matanzas debieron ser tan enormes que el entonces Papa Pío X tuvo que lanzar la Encíclica «Lacrimabili Statu Indorum», que tiene la fecha de 7 de Junio de 1912.- En El Salvador, el dictador de turno, Maximiliano Martínez, para congraciarse con los EE.UU después del golpe de estado de 1931, acusó a los indígenas de marxistas asesinando a más de 35.000 de ellos, entre hombres, mujeres y niños.- En Guatemala... decimos en España «Salir de Guatemala y entrar en Guatepeor», no sé por qué, pero lo cierto es que este desdichado país no ha conocido la paz desde su independencia: recuerden lo sucedido en 1980 en la embajada española en Ciudad de Guatemala, donde el ejército le prendió fuego porque allí se habían refugiado unos indígenas; y las matanzas continúan.- En Méjico, los historiadores han contabilizado 65 sublevaciones desde la independencia hasta el año 1910, fecha de la revolución mejicana. Y en Paraguay... no se van a creer lo que les voy a leer. El escritor y periodista uruguayo Eduardo Galeano nos dice en su famosa obra «Las venas abiertas de América Latina» que

«Cuatrocientos veinte años después de la Bula del Papa Pablo III, en septiembre de 1957, la Corte Suprema de Justicia del Paraguay emitió una circular comunicando a todos los jueces del país que los indios son tan seres humanos como los otros habitantes de la república...»

En cuanto a lo que sucede en Brasil (que aunque no es un país hispanoamericano, sí lo es Íbero) ya están al tanto de la matanzas de indígenas en la Amazonia.

De genocidios en el resto del mundo se puede hablar de lo sucedido en LA VENDÉE, un pequeño territorio situado en el oeste de Francia, de sólo 10.000 kms² (algo mayor que la provincia de Madrid), que se considera el Primer Genocidio de la historia moderna: en efecto, durante la Revolución Francesa de 1789 los habitantes de esta región se rebelaron contra las autoridades revolucionarias de París, las cuales enviaron un ejército contra ellos: en 18 meses desaparecieron ciento veinte mil personas, el 15% de la población total; en proporción es como si en la Francia actual fueran asesinadas más de ocho millones de personas.

Sin embargo, LOS MAYORES GENOCIDIOS DE LA HISTORIA, y bien comprobados, por cierto, se produjeron entre y después de las dos guerras mundiales: en Alemania, cerca de un millón de judíos y de otras etnias fueron asesinados: no esos seis millones del famoso Holocausto de que nos habla machaconamente la propaganda del judaísmo internacional. Pero eso no fue nada comparado con lo que sucedió en los países dominados por el Comunismo: miren Vds., según un estudio realizado por Jean Pierre Dujardin, publicado en «Le Figaro-Magazine» del 19-25 de Noviembre de 1978 (se puede obtener una copia de la revista como lo hice yo) el precio de vidas humanas del COMUNISMO desde el año glorioso de 1917 es de CIENTO CUARENTA Y TRES MILLONES DE INMOLADOS. Este es el cuadro que publica «Le Figaro-Magazine»:

1. Muertos por el comunismo en la Unión Soviética	
de 1917 a 1959	66.700.000
2. En la Unión Soviética desde 1959	3.000.000
3. En China	63.784.000
4. Asesinados en Katyn	10.000
5. Alemanes víctimas de la ocupación rusa	2.923.700
6. Camboya (1975)	2.500.000
7. Represiones Berlín, Praga, Budapest, etc.	500.000
8. Agresiones contra Grecia, Malasia, Birmania, Corea,	
Filipinas, Vietnan, Cuba, África e Hispanoamérica	3.500.000
	<u>142.917.700</u>

Los comentarios son, evidentemente, innecesarios.

El último capítulo se titula «ÉTICA DE LA CONQUISTA».

Empezamos diciendo que el trato dado por España a los indígenas americanos fue inmejorable, al menos muy por encima del que dieron a los indígenas los restantes colonizadores europeos, de acuerdo con la moral de aquellos tiempos.

Así, Ramiro de Maeztu en su conocida obra «Defensa de la Hispanidad» habla del Estado teocrático a que llegó a convertirse España en los siglos XVI y XVII, y dice:

«Pues bien, este Estado teocrático –el más ignorante, el más supersticioso, el más inhábil y torpe, según el juicio de la Prensa revolucionaria– acaba por lograr lo que ningún otro pueblo civilizador ha conseguido, ni Inglaterra con sus hindús, ni Francia con sus árabes, sus negros o bereberes, ni Holanda con sus malayos en las islas de Malasia, ni los Estados Unidos con sus negros e indios aborígenes: asimilarse a su propia civilización cuantas razas de color sometió».

Y no parece menos sorprendente lo que nos dice el historiador español Ricardo Beltrán y Rózpide:

«Acaso parezca sorprendente –dice un escritor norteamericano– saber que la causa fundamental de la revolución en los Estados Unidos fue la pretensión de los colonos ingleses de tener con su metrópoli las mismas relaciones legales de que disfrutaban Méjico y el Perú con España».

El Rey recomendó el matrimonio de los españoles con las indígenas ¿qué otro País lo ha hecho?

Los malos tratos se dieron al principio de la Conquista, que duró unos 50 años pero «La Colonia» (como la denominan con nostalgia los hispanoamericanos) duró tres siglos.- El historiador Arnold Toynbee –el más importante historiador de nuestra época–, autor del «Study of History», dice:

«Admiro a la Corona española por mantener con éxito a los Conquistadores bajo control».

Y el Barón de Humboldt dice que «de todos los regímenes jurídicos aplicados por los europeos en sus colonias, el más humano y justo fue el español a gran distancia de los demás» –Recuerden el famoso «Code Noir» de Luis XIV de Francia y con eso tienen bastante–.

Y el mismo Humboldt, con otros autores como Gaje, Dupont y Bancroft, dice que «la condición del obrero indio en los dominios españoles de América era mejor que la del obrero europeo de entonces» (primeros del siglo XIX).

Consecuencia del buen trato dado a los indios americanos fue LA PERMANENCIA DEL IMPERIO ESPAÑOL: nadie pensó en sublevarse contra España cuando a primeros del siglo XVIII estuvimos inmersos en una guerra civil (la Guerra de Sucesión) entre los partidarios del Archiduque Carlos de Austria y los de Felipe de Anjou (luego Felipe V). Ya por eso Francis Bacon se preguntaba con admiración ¡cómo España puede contener dominios tan inmensos con tan pocos españoles nativos!

La contestación la podemos encontrar en el historiador alemán ALEXANDER VON RANDA, quien dice que

«La permanencia del Imperio español en América fue consecuencia del régimen de libertad que organizaron los Austrias. Tal ha sido una verdad que ha sido deliberadamente ocultada mediante hábiles escamoteos dialécticos».

Nos encontramos ahora con uno de los temas más interesantes en relación con el genocidio americano: *la población americana en 1492*: constituye uno de los asuntos más controvertidos, y la razón es muy clara: a mayor número de habitantes mayor posibilidad de genocidio en relación con los cálculos de Las Casas, que es de donde se deriva todo el problema.

De todos los historiadores e investigadores que he estudiado, hay aproximadamente una veintena de ellos que tratan este asunto. Posiblemente *nunca* se sabrá cuál era la población americana a la llegada de los españoles. Los tratadistas hablan desde los 8.400.000 hab. para toda Amé-

rica (Kroeber, un estadounidense), de doce millones, 20 millones, cuarenta millones y así hasta los 90 millones de Dobyns, otro estadounidense. La cifra mayormente aceptada por los historiadores es la de trece millones (13.385.000) de habitantes dada por Ángel Rosenblat, profesor de las universidades de Ecuador y Argentina.

La cuestión es que a los pocos años de la llegada de los españoles a América se produjo una gran despoblación indígena (ahí tienen el origen del pretendido genocidio americano). Esta despoblación tuvo causas diversas: las epidemias, las guerras, la explotación del indígena no acostumbrado al trabajo, la inadaptación del mismo al nuevo sistema, el hambre, el mestizaje (pues a mayor número de mestizos disminuía el número de indígenas puros), el alcoholismo, etc.

Pues bien, van a ver Vds. la de *incongruencias* que sobre la despoblación han dicho algunos historiadores: Carlos Pereyra, el historiador mejicano, autor de «La obra de España en América», entre otras obras, dice:

«¿Cómo podría admitirse la afirmación de ciertos historiadores, muy juiciosos por lo demás, que estiman en un millón de habitantes la población de Cuba cuando esta isla fue conquistada en 1511, y en 14.000 los restos de aquella población en 1517?» Pues esta clase de historiadores existen; yo he encontrado a dos: uno, estadounidense, Robert Grant Watson, quien dice que «Haiti (o sea la isla donde están Haití y la República Dominicana) tenía entre un millón y un millón doscientos mil habitantes, que bajo el dominio del gobernador Ovando quedaron reducidos a doce mil».- Poco más o menos viene a decirnos la «Historia de España» dirigida por Antonio Domínguez Ortiz, donde podemos leer que la isla La Española... «a la llegada de los españoles debió de tener sobre un millón de indios, en 1508 sólo había ya 60.000, y en 1554, 30.000».

Y Federico Debuyst, miembro del Centro de Investigación Socio-Religiosa de Bruselas, nos dice algo que nos llena de estupor por su irracionalidad. Pues, ¿cómo puede admitirse, como hace Federico Debuyst, el que Perú tenga una población de un millón de habitantes en 1492, aceptan-

do los cálculos de población de A. Rosenblat y R. Barón Castro, y diga más adelante que la regresión de la población indígena en dicho país fue producida a consecuencia del trabajo en las minas, donde murieron ocho millones de indios...? ¿Cabe mayor despropósito? ¿A qué juegan estos señores?

Como dice el argentino Atilio D'Il Oro, de racismo no nos han podido acusar, porque «los países hispanoamericanos –gracias a la tradición recibida por España– no han tenido nunca un problema racista». Las diferencias que se producen son de clase, no de raza.

Y llegamos al asunto de LAS EPIDEMIAS.

Las epidemias no son ninguna tontería. La «peste negra», que azotó Europa en el siglo XIV acabó con un tercio de la población europea. La peste bubónica (otro nombre que recibe la peste negra) que asoló España entre 1596 y 1602 –o sea, en siete años– originó un millón de muertos. Hay algún historiador que afirma que España, que contaba con 8.200.000 hab., después de esta epidemia quedó tan debilitada que de ahí proviene la decadencia de nuestro país.

Pues bien, la verdad es que las enfermedades que los Conquistadores transmitieron inconscientemente a los indígenas americanos, sin defensas inmunológicas ante las enfermedades europeas, exterminaron a los indígenas. Hay que tener en cuenta que desde el Paleolítico, aproximadamente desde hacía 35.000 años, los habitantes del Continente americano no habían tenido contacto alguno con los restantes pueblos de la Tierra de los tres Continentes, el euroasiático y el africano. De ahí que estaban totalmente indefensos ante las enfermedades de los europeos. Las principales enfermedades que contribuyeron a la rápida extinción del indio fueron, principalmente, las viruelas, el sarampión y la influenza suina o fiebre de cerdo. Tan grande fue la acción de estas enfermedades que algunas regiones fueron devastadas en un 90% y, en algunos sitios más.

Voy a leerles, solo como ejemplo, lo que dicen algunos autores al respecto: así, John Edwin Fagg, estadounidense, después de enumerar otras causas, dice que los nativos murieron... «...sobre todo, a causa de las enfermedades europeas, como la viruela, sarampión y, probablemente, el catarro, porque las nuevas enfermedades fueron mortales para los indios». Lo mismo apuntan J. Fred Rippey (EUA), Luis Alberto Sánchez (que fue Rector de la Universidad de San Marcos, de Lima), la «Enciclopedia de Cuba»,

la «Collier's encyclopedia», «La gran enciclopedia de Puerto Rico», Alfred Barnaby Thomas (EUA), «The Cambridge History of Latin America», el ruso I.P. Maguidóvich, el alemán Dr. Joseph Hoffner, J.H. Parry, Sherburne F. Cook y John Francis Bannon (los tres de EUA).

El antropólogo alemán *Waitz* ha llegado a atribuir a la viruela el exterminio de la mitad de la población indígena de América.

Jean Dumont:

«Pero lo verdaderamente injusto es hablar de «genocidio indio» por parte de los españoles; injusto y aberrante. Porque si genocidio quiere decir masacre de una raza, la América española es precisamente la única de las Américas en al que, todavía hoy, la raza india y sus mestizos constituyen la inmensa mayoría de la población.

Se dirá que hubo una regresión general y masiva de la población indígena después de la conquista y antes de que esta población conociera un nuevo crecimiento. Pero esta regresión es la consecuencia de un fenómeno puramente natural: el contagio microbiano aportado por los europeos, que se ensañó brutalmente con las poblaciones no inmunizadas. El mismo fenómeno se ha podido constatar en estos últimos años en muchos territorios indígenas de América, preservados hasta ahora de la implantación europea.

Por ejemplo, en fechas muy recientes, en la Guayana francesa, donde unos asentamientos de europeos en el interior han provocado la extinción de tribus indias de los bosques cercanos, por el solo hecho del contagio microbiano y sin que haya habido la menor masacre».

«El contagio microbiano, ha sido sobradamente establecido por Pierre Chaunu y por los historiadores de la Universidad de Berkeley. «Brutalmente abiertos hacia el exterior, los indios de América no sucumbieron bajo los golpes de las espadas de acero de Toledo, sino bajo el choque microbiano y viral».

ESE FUE EL INMENSO GENOCIDIO DE QUE SE ACUSA A ESPAÑA.

Una vez finalizada la obra, su autor recibió un interesante libro editado en los Estados Unidos de América del Norte que gira en torno al tema principal del mismo. Su título es «SECRET JUDGEMENTS OF GOD Old World Disease in Colonial Spanish America» («Juicios Secretos de Dios. Enfermedades del Viejo Mundo en la Hispanoamérica Colonial»); son sus autores Noble David Cook y W. George Lovell, y ha sido publicado por la University of Oklahoma Press, Norman Publishing Division of the University. Año 1992.

El libro está constituido por una colección de ensayos provenientes de algunos de los participantes en el 46º Congreso Internacional de Americanistas que tuvo lugar en el mes de Julio de 1988 en Amsterdam (Holanda).

Todos exponen que las primeras enfermedades introducidas en el Nuevo Mundo encontraron condiciones ideales para su rápida transmisión a través de grandes distancias; y *repiten* lo que otros muchos historiadores y americanistas han afirmado reiteradamente: que durante un siglo, aproximadamente, la despoblación en muchas regiones fue del orden del 90%.

Por último, dan por finalizado el ensayo –y también la obra– con estas palabras textuales:

«Varios testigos presenciales sacaron una correlación directa entre los brotes de enfermedad y la despoblación de los indios, pero la mayor parte de los españoles no entendieron las causas que había detrás de la mortandad de los aborígenes... Los que no eran españoles y presenciaron los hechos o fueron informados de ellos, los ingleses en particular, achacaron esas pérdidas a los demoniacos actos de crueldad realizados por los conquistadores y colonos españoles, perspectiva que fue realizada por los inquietantes cálculos de Fray Bartolomé de las Casas»

Había nacido la leyenda negra del genocidio americano.

Tengo que decirles que con el material utilizado en la redacción de la obra me encontré con multitud de loas a España procedentes, en su mayoría, de autores extranjeros que podrán ver en el libro. Solamente les voy a leer tres para no extender más esta conferencia.

La primera es de José Carlos Mariátegui, periodista y escritor peruano, fallecido hacia los años treinta de nuestro siglo; también era marxista. Pues dice:

«La conquista de América, la última cruzada, aparece como la más histórica, la más iluminada, la más trascendente proeza de la caballería. Proeza típicamente caballeresca, hasta porque de ella debía morir la caballería, al morir –trágica, cristiana y grandiosamente– el Medioevo».

La segunda es de un historiador alemán, Ernst Samhaber, que dice:

«La Humanidad considera una gran hazaña el paso de los Alpes por Aníbal. Fue mucho más audaz, sin embargo, la empresa de aquel puñado de guerreros que se lanzaban a la gran aventura con total desconocimiento del país y sus habitantes, guiados sólo por el oscuro rumor que les señalaba la sede del poderoso monarca allende los montes, expuestos, a cada instante, al ataque de los indios, que en tal situación hubiera significado el seguro desastre».

Y, por último, un francés, Jacques Lafaye, quien dice:

«La Conquista de América es la aventura colectiva más grande que la humanidad haya vivido jamás; sólo podrá ser comparada con el descubrimiento de otros mundos habitados, si esto llega a producirse».

He querido añadir otro hispanoamericano más, muy conocido en el mundo por su informe sobre la dictadura que soportó su país, el argentino Ernesto Sábato, quien declaró a la prensa española:

«Si la leyenda negra fuera una verdad absoluta, los descendientes de aquellos indígenas avasallados deberían mantener atávicos resentimientos contra España, y no sólo no es así, sino que dos de los más grandes poetas de la lengua castellana de todos los tiem-

pos, mestizos, cantaron a España en poemas inmortales: Rubén Darío en Nicaragua y César Vallejo en Perú».

Al final de la redacción de esta obra he llegado a las siguientes CONCLUSIONES: a las que llegarán todos los que de Vds. lean este libro:

- 1) España no cometió genocidio en América.
- 2) Las epidemias fueron la causa inmediata de la despoblación de las Indias.
- 3) Las mayores genocidios cometidos en la Historia se produjeron en la extinta URSS a partir de la revolución bolchevique, y en la República Popular de China, al término de la segunda guerra Mundial.
- 4) El padre dominico Fray Bartolomé de las Casas fue el causante principal, conscientemente o no, de la Leyenda Negra hispanoamericana.
- 5) La ignorancia es la causante principal de que se siga manteniendo en el Mundo y en España la denominada Leyenda Negra.
- 6) El P. Bartolomé de las Casas constituye una gloria de España y es el símbolo de la conciencia española ante el mundo.
- 7) Las «Leyes de Indias» constituyen un monumento jurídico inigualable y son, por ello motivo de orgullo para España.
- 8) La colonización española en América es un modelo sin parangón en la Historia, mientras que las de otros pueblos europeos –en América y en el resto del mundo– constituyen la vergüenza de Europa y son ludibrio del mundo civilizado.
- 9) El etnocidio –tal como se entiende en la actualidad– es un hecho histórico que se produce siempre que existe un choque entre pueblos de culturas disímiles, por lo que no se le puede achacar a España de una manera exclusiva.
- 10) Los hechos de la conquista española en América son superiores a cualesquiera realizados por hombres extraordinarios como Alejandro el Grande, Aníbal, Cayo Julio César o Napoleón Bonaparte.